

Fazio, Mariano. *Kierkegaard. Una introducción*. Madrid: Ediciones Rialp, 2023, 196 pp. ISBN: 978-84-321-6511-5

Claudio César Calabrese



Claudio César Calabrese

Universidad Panamericana, México

ccalabrese@up.edu.mx

<https://orcid.org/0000-0001-9844-3368>

Recibido: 23 - 04 - 2024

Aceptado: 30 - 04 - 2024

Publicado en línea: 30 - 04 - 2024

Cómo citar este texto

Calabrese, C.C. (2024). Fazio, Mariano. *Kierkegaard. Una introducción*. Madrid: Ediciones Rialp, 2023, 196 pp. ISBN: 978-84-321-6511-5 . *Conocimiento y Acción*, v. 4, n. 2, pp. 1-4. <https://doi.org/10.21555/cya.v4.i2.3140>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution -NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

Se espera de una reseña que tenga, por lo menos, dos tiempos: uno descriptivo y otro ponderativo (ésta no será la excepción), sólo que presentaremos este último en dos momentos, apertura y cierre; esto se debe a las características del autor del que se trata, Søren Kierkegaard (1813-1855), que lleva a Mariano Fazio (en adelante, el A.) a plantear, desde el principio, el desafío que debe sobrellevar cada lector del Sócrates del Norte. Entonces, la pregunta básica: ¿por qué deberíamos leer esta Introducción? Fundamentalmente, porque es un reclamo a la condición de cristiano, en medio de las paradojas y desafíos del presente; las preguntas y las reflexiones hechas en la Dinamarca del siglo XIX continúan interpelándonos gravemente y el A. coloca una de ellas, la más importante, de inmediato y de manera también desafiante: “¿Hay quien viva con coherencia su fe cristiana?” (p. 12). La pregunta da en el corazón del creyente, porque pone en juego la conexión entre nuestras palabras, nuestros hábitos y el modo en que nos relacionamos unos con otros. Por esta razón, la coherencia del cristiano no es algo ya dado, a excepción de los santos, sino un continuo hacerse, es decir, una maduración, que conlleva la idea de proceso, pero no necesariamente de progreso, pues, en efecto, los creyentes de a pie vamos y venimos en medio de nuestras contradicciones, en nuestro camino de encuentro con Cristo o vida de la fe. Éste es, para mí, el núcleo de la invitación de este libro. Y nos convida a través de un teólogo luterano, Kierkegaard, que plantea la naturaleza compleja de la fe y de la vida; y lo hace con tanta profundidad que no es necesario estar de acuerdo en todo con él, pues únicamente la profundidad nos permite el disenso y el encuentro con la claridad de nuestras propias ideas. Con palabras del A.: “Pensamos que vale la pena un examen de conciencia sobre nuestra época, como sin duda Kierkegaard nos hubiera recomendado si viviera en los albores del tercer milenio” (p. 12).

Desde esta perspectiva, crucial para nosotros, presentamos el contenido de la obra. Ésta se divide en:

- “Nota a la presente edición” (p. 11);
- “Introducción” (pp. 15-20);
- Capítulo I: “Una vida. Una filosofía” (pp. 21-52);
- Capítulo II: “Hermenéutica de la obra de Kierkegaard” (pp. 53-79);
- Capítulo III: “La categoría de Kierkegaard: el individuo” (pp. 81-105);
- Capítulo IV: “Estados existenciales” (pp. 107-144);
- Capítulo V: “El verdadero cristiano” (pp. 145-179);
- Epílogo (pp. 181-187).

En la Introducción, el A. hace una presentación sucinta de la realidad política y económica del reino de Dinamarca, cuya situación catastrófica contrastaba con su riqueza en el campo de la cultura, al punto que el siglo XIX es conocido como la “edad de oro” y sus frutos más lozanos maduran entre 1800 y 1850; en efecto, intelectuales como Henrik Steffens, un gran intérprete del Romanticismo alemán, el escultor Bertel Thorvaldsen, la escuela de pintura danesa, inspirada en los flamencos, cuyo fundador es Christoffer Eckersberg, el arquitecto Christian Frederik Hansen, que transforma una Copenhague arrasada por las flotas inglesa en 1801 y 1807, en el contexto de las guerras napoleónicas, en una capital elegante y moderna; el símbolo, sin embargo, de esta época proviene del campo literario: Hans Christian Andersen, autor de *La sirenita* (pp. 15-16). La segunda parte de la Introducción (pp. 17-20) nos presenta algunas de las características de Søren Kierkegaard que el A. desarrollará en los capítulos siguientes: el carácter marcadamente luterano de esta “edad de oro”, aspectos de su vida y de su personalidad, como su historia de amor con Regina Olsen. En este mismo contexto, se nos presenta la relevancia de su quehacer filosófico: su crítica radical al sistema hegeliano, “con su revaloración del

singular como individuo dotado de dignidad, y con la función central de la fe para alcanzar el Absoluto” (pp. 17-18). Como señala el A., su obra literaria puede ser comparada con un denso bosque, donde es muy fácil perder el sentido (p. 18); en tanto que bosque, encontramos senderos que conducen a sitios muy alejados entre sí y que expresan diversas posibilidades del propio Søren Kierkegaard:

“¿El Kierkegaard que hace un elogio apasionado de la vida sensual en páginas de *In vino veritas*, es el mismo que propone una vida de sufrimiento por la verdad como única manera de librarse de la desesperación, como propone en *Ejercitación del cristianismo*?” (p. 18).

Quien sólo conoce *Diario de un seductor* o *Temor y temblor* difícilmente podría orientarse en la interpretación de conjunto de la obra del danés. Como observación general, queda que Kierkegaard no sólo no se ha propuesto crear un sistema, sino que sus invectivas más punzantes van precisamente contra la filosofía entendida como sistema, es decir, como saber definitivo (p. 19).

El capítulo I, “Una vida. Una filosofía” (pp. 21-52), está centrado en su biografía; esto se debe a que la parábola existencial de Kierkegaard nos da la clave para comprender que su pensamiento no sea conclusivo y definitivo, es decir, que no constituya un sistema. El capítulo II, “Hermenéutica de la obra de Kierkegaard” (pp. 53-79) presenta una interpretación del conjunto de la obra, cuya articulación es la categoría del individuo y el problema que le es propio o “cómo llegar a ser cristiano”. Es interesante como el A. advierte el carácter fundacional del pensamiento del danés: señala que es signo de contradicción, y para ello, enumera las corrientes principales que han surgido de él: los existencialismos modernos, incluso los que niegan la trascendencia y el personalismo cristiano; al mismo tiempo, se lo ha valorado como defensor del realismo ontológico, pero también se ha dicho que su obra carece de una metafísica del ser que pueda ser adjetivada como profunda. Que haya sido interpretado de estas maneras contrapuestas pone de manifiesto su riqueza y su profundidad: la ambigüedad de su estilo, la cantidad y calidad de sus textos, tan afincados en la lengua en que fueron pensados y, fundamentalmente su visión antropológica; esta riqueza llevó a la metafísica y a la teología del siglo XX a nuevos planteos. El capítulo III, “La categoría de Kierkegaard: el individuo” (pp. 81-105) está centrado en su polémica con el idealismo; se trata de un pensamiento ético en el sentido socrático y, por tanto, ligado a la vida y al despertar de las conciencias. El capítulo IV, “Los estados existenciales” (pp. 107-144) desarrolla las consecuencias del anterior: la evolución dinámica de su pensamiento a través de los estados existenciales; tal dinamismo es propiamente su dimensión ético-religiosa.

“Según la conciencia que cada uno tenga de sí mismo, esto es, dependiendo de la fuerza que tenga la fundamentación del yo, el hombre se encuentra en situaciones existenciales diversas, atraviesa distintos estadios existenciales” (p. 107).

A partir de este presupuesto, el A. realiza un pormenorizado análisis del aspecto seguramente más característico de Kierkegaard: el estadio estético, los deberes de la existencia ética y la verdad de la subjetividad; la reflexión que el autor del libro realiza en estas páginas (140-144) enraízan obviamente en el danés, pero adquiere un vuelo capaz de orientar en sí mismo la ponderación de la propia subjetividad por parte del lector. El capítulo V, “El verdadero cristiano” (pp. 145-179) o cómo llegar a ser cristiano desarrolla las respuestas al problema de la existencia. Aquí se presenta el tema de la desesperación o de la enfermedad mortal: el estadio estético termina en la desesperación (147-148) y el paso del estadio ético al religioso despierta las propias fuerzas, único modo de alcanzar un nivel de existencia plenamente consciente de sus propias fuerzas, pues desespera quien no se acepta a sí mismo (148-150); en tanto que la salida de las crisis de la existencia es de carácter religioso, hay tres momentos que destaca el A.: la contemporaneidad con Cristo (p. 160-161), la invitación de Cristo (pp. 161-162) y el gran tema del cristiano, la imitación de Cristo (pp. 167-171). El Epílogo (pp. 181-187), a

partir de una referencia a Nietzsche (“No se confuta un sonido”), es, en principio, una invitación a leer Kierkegaard y a aceptarlo en esa grandeza, es decir, leer y meditar a quien está fuera de la filosofía y de la teología; se trata de tomarlo como un todo y no reducirlo a alguno de los aspectos de su grandeza. Como afirma el A., Kierkegaard no es un católico, pero reclama a todos los creyentes en la persona de Cristo una encarnación existencial de la fe, es decir, la decisión de ser contemporáneo de Cristo (p. 183) y de gozar de la conciencia de la misericordia y del amor de Dios (p. 184).

“Sacar conclusiones sistemáticas de un libro sobre el pensamiento kierkegaardiano sería ridículo, después de las críticas del danés a los profesores de filosofía” (pp. 184-185). ¿Con qué nos quedamos, entonces? Con el llamado central: buscar a Dios es la verdad originaria del ser humano, pues en ella está contenido todo; en la verdad como un absoluto está cada una de las verdades del hombre y cada una de las verdades del mundo. El P. Mariano Fazio, a partir de la filosofía perenne a la que adscribe desde la intimidad de sus convicciones, nos invita, sin formularlo expresamente así, a considerar qué es lo perenne de nuestro modo de ser cristianos: si a una hoja que se mantiene lozana la llamamos perenne, por oposición a caduca, nuestra fe se mantiene lozana en el diálogo con el Señor y en ese diálogo nos comunicamos (“aprendemos de”) con aquellos que comparten ese amor por la Palabra, más allá de los encuentros y desencuentros históricos.

Claudio Calabrese
Instituto de Humanidades
Universidad Panamericana